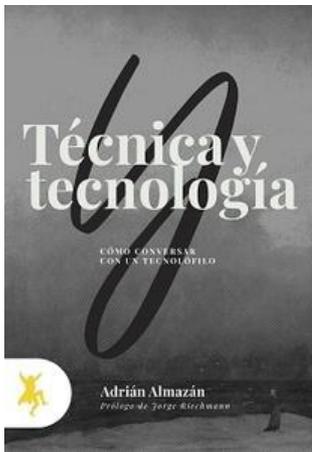


# *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo.*

ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ

*Prólogo de Jorge Riechmann.  
Epílogo de Andoni Alonso.  
Taugenit eds. 2021. 180 páginas.*



En esta época en la que se busca vender lo máximo posible para obtener el mayor beneficio, los aparatos tecnológicos se han convertido en los productos privilegiados por el sistema económico vigente, hasta tal punto que suele legitimarse el papel de la ciencia por su productividad tecnológica. Es tan poderoso este hecho que la crítica a la tecnología se toma como un ataque a lo más fundamental de la humanidad. *Técnica y tecnología*, el libro que nos ocupa en la presente reseña, está dirigido a un público amplio con la pretensión de darle herramientas para dialogar con esos adeptos y amantes de las tecnologías, tal y como evidencia su subtítulo: *cómo conversar con un tecnólogo*.

Su autor, Adrián Almazán Gómez, es doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, donde previamente también cursó el Máster en Crítica y Argumentación Filosófica y el Máster en Física de la Materia Condensada y Nanotecnología, así como la licenciatura en Física. Además, es militante en Ecologistas en Acción, donde se ocupa del Área de Digitalización y CEM; su trabajo está mar-

cado por una aproximación a las tecnologías desde una perspectiva ecosocial. El libro que nos ocupa resulta representativo de las principales áreas de trabajo a las que se dedica Almazán, fundamentalmente la filosofía práctica y la filosofía de la técnica. Áreas donde acumula ya cierto recorrido, como muestra su tesis doctoral: *Técnica y autonomía: una reflexión sobre la no neutralidad de la técnica desde la obra de Cornelius Castoriadis* (UAM, 2018).

La obra está estructurada en cuatro grandes apartados, cada uno de los cuales pretende responder a un determinado tópico con frecuencia esgrimido por los acérrimos amantes de la tecnología, o *tecnófilos* (como el propio autor los denomina en el texto). Almazán pretende dotar al lector de la respuesta oportuna y adecuada contra el *tecnófilo*, no con una pretensión meramente erística, sino fundamentalmente reveladora y de aprendizaje. A este respecto puede resultar significativo que, como a nosotros mismos nos ha sucedido, el lector se sorprenda tomando conciencia de ciertos prejuicios que forman parte del sentido común de nuestra época.

I. *Siempre ha habido tecnología y siempre la habrá porque es lo que nos hace humanos* (págs. 15-39). El primer tópico contra el que se dirige reza así: la tecnología forma parte de nuestra naturaleza y, por lo tanto, oponerse a ella no es muy diferente de oponerse al lenguaje. El error, a juicio de Almazán, pasa por no diferenciar la técnica, común a todas las sociedades humanas e incluso a seres vivos no humanos (como muestra el campo de estudio conocido como “técnica animal”), y la tecnología, que es una fase histórica de la técnica exclusiva de las sociedades industrializadas (y como tal un hecho contingente). El autor rastrea ese prejuicio epistémico que sobredimensiona la importancia de las técnicas en disciplinas tan diversas como la paleoantropología, la etnología, la historiografía e incluso la filosofía de la historia, donde el prejuicio alcanza su máximo grado en las teorías conocidas bajo el rótulo “determinismo tecnológico”. Criticará también la identificación de la capacidad para modificar con la capacidad para controlar, así como las ideas antropológicas del *Homo faber* y *Homo economicus*. El análisis de Almazán vincula estos tópicos con uno de los mitos que más han marcado nuestra tradición cultural: el Mito del Progreso. Sus agudas críticas pretenden hacer ver cómo esta serie de tópicos han servido para hacer incuestionable el desarrollo tecnológico, primero en el marco de la Modernidad y luego en el del capitalismo industrial.

II. *No se puede luchar contra el progreso* (págs. 39-89). ¿Qué es el progreso? Lo que sugiere Almazán, influido por su lectura de Castoriadis, es que se trata de un imaginario que conforma el modo en que las sociedades capitalistas se entienden a sí mismas. Su crítica a la fe incuestionable en el progreso radica en que nos sitúa en una posición pasiva ante el curso de una historia que nos trasciende, pero sobre todo en que ha servido como pretexto para justificar lo nocivo del despliegue capitalista e

industrial por parte de los *tecnófilos*. Así, a lo largo de este capítulo, rastrearé los orígenes de dicho imaginario (desde el cristianismo hasta *las Ilustraciones* pasando por Francis Bacon y Karl Marx), tratando de destruir su carácter normativo y cuasi-sagrado al sacar a la luz todo lo que se ha escondido tras él (la violencia colonial e imperialista, la industrialización masiva que impide la posibilidad de sociedades sostenibles o la expropiación de nuestros modos de vida). “Ha llegado el momento de que las sociedades occidentales dejen de invisibilizar el precio que la Tierra y sus habitantes han pagado a cambio de su progreso egoísta, cortoplacista y genocida” (p. 40).

III. *Las tecnologías no son buenas ni malas. Lo que importa es cómo las utilizemos* (págs. 89-121). ¿Quién no ha escuchado alguna vez el famoso argumento del cuchillo? Su enorme popularidad muestra que la ideología de la neutralidad de la técnica forma parte del sentido común: “Un cuchillo puede servir para cortar verduras o para asesinar a alguien, por eso no es bueno ni malo en sí, lo importante es lo que haga quien lo empuña” (p. 89). En este capítulo, se analiza la génesis y naturaleza de esa creencia ideológica y es seguramente el más denso del libro, pues, argumentar contra la no neutralidad de la técnica, obliga al autor a movilizar razones ontológicas además de históricas. Se despliega una interesante propuesta sobre la naturaleza de la técnica, que servirá a nuestro autor para pensar en el impacto de las tecnologías tanto a nivel individual como social. Uno de los aspectos más incisivos y originales de su propuesta radica en llamar la atención sobre cómo los individuos y las sociedades son moldeados por las técnicas que producen. La idea es que (tomando su mismo ejemplo inicial) el arco que produce el cazador-artesano también lo moldea a él, influye en los gestos y hábitos de su cuerpo, en su forma de caminar, de portar el instrumento, de mirar al mundo, de alimentarse e incluso de reconocerse a sí mismo, y lo mismo podría decirse para el conjunto de la sociedad. Si un individuo que integra una nueva técnica se ve transformado, todavía más evidente resulta la transformación de una sociedad que desarrolla objetos técnicos de tanta envergadura y complejidad como redes eléctricas o centrales nucleares. Por otra parte, Almazán toma precauciones para que ello no desemboque en un determinismo técnico del tipo abordado en capítulos anteriores. Su propuesta, como se puede ver, pasa por una filosofía de la técnica que estudia los objetos técnicos de una forma no neutral, es decir, atendiendo su dimensión política y social.

IV. *Sólo la tecnología puede sacarnos del lío en el que la tecnología nos ha metido* (págs. 121-142). En este último capítulo, trata de mostrar que el mundo industrial no es la mera composición de objetos neutrales que los *tecnófilos* piensan. Nuestra sociedad no es la sociedad capitalista primitiva más las tecnologías que produjo el industrialismo, sino otra distinta que se ha visto transformada cualitativamente por

los objetos técnicos que ha producido (algo que se sigue de la filosofía de la técnica que ha propuesto inmediatamente antes). Se dirige así contra otro de los tópicos más habituales de los que echa mano el *tecnolófilo* y que da título al capítulo, llegando incluso a sugerir que la tecnolatría es una nueva religión. Buenas son las razones para pensar que así sea, pues es cierto que demanda una fe inquebrantable en las tecnologías como soluciones cuasi-mágicas a nuestros problemas; tecnologías que, por añadidura, dibujan en el horizonte la promesa de una salvación inmanente, como la mutación transhumana, la extensión y eternización de nuestra raza en la conquista de la Galaxia e incluso la inmortalidad biotecnológicamente asistida. “La tecnociencia, una caja negra mágica responsable de nuestro bienestar, se ha convertido en un nuevo Dios” (p. 126).

Insiste también el autor en que continuar con la desbocada expansión industrial condena a nuestra civilización al suicidio. No hay que mirar la lejanía de una catástrofe futura: Almazán nos advierte, por el contrario, que los accidentes y desastres son parte del funcionamiento normal de nuestras sociedades industriales (algo que parece evidente si tenemos en cuenta que encadenamos ya la crisis financiera del 2008 con la provocada por la pandemia de la covid-19, en el marco más amplio del ecocidio en curso). Más que progresar, lo que hemos conseguido al inundar de tecnologías todos los ámbitos de nuestras vidas es lo contrario: padecemos un *retroprogreso*. Si seguimos presos de la lógica que nos impone el imaginario del progreso es, en parte, por la inercia que las sociedades capitalistas e industriales han adquirido a lo largo de los años. Una inercia que Almazán se preocupa por analizar acudiendo a la película *Rompenieves* (estrenada en 2013 y dirigida por Bong Joon-ho), la cual escenifica un mundo asolado por una crisis climática cuyos únicos supervivientes están atrapados en un tren en continuo movimiento. Un escenario que refleja muy bien nuestra condición de prisioneros en una sociedad industrial, cuya expansión choca contra los límites biofísicos del planeta.

Esta obra (que resulta de gran ayuda para tomar conciencia de la trágica tendencia que siguen nuestras sociedades y sin duda recomendamos si es que uno quiere entender lo ilusorio de ciertos tópicos modernos referentes a las tecnologías) concluye que difícilmente quedará algo que conservar si los pocos conscientes de la gravedad del desastre en curso se limitan a apartarse.

Y además, ¿apartarse en qué dirección, parapetarse dónde? (...) No nos queda más remedio que asumir la tragedia de una lucha tan imprescindible como titánica. Y no olvidar que tanto la sociedad industrial como sus tecnologías no dejan de ser creaciones sociales e históricas y, por tanto, la posibilidad de cuestionarlas y transformarlas siempre está abierta. La gran pregunta es ¿cómo lo haremos? Y, sobre todo, ¿con qué las sustituiremos? (p. 142).

En las últimas páginas del libro apunta hacia una alternativa con conciencia ecosocial y de tipo decrecentista, donde el autor advierte sobre la importancia de que aprendamos a vivir como seres finitos y ecodependientes de nuestro entorno. Pese a ello, Almazán aclara que el objetivo no ha sido, ni mucho menos, responder de forma concluyente a estas cuestiones (sí tenderá a ello en textos posteriores, en los que escribe acerca de *tecnologías humildes* o “energías renovables realmente renovables”), sino más bien mostrar la necesidad de plantearlas, así como denunciar lo irracional de que todo continúe indefinidamente igual. ¿Seguiremos asumiendo los dogmas que se ha encargado brillantemente de desmontar a lo largo del texto?

ADRIÁN RAMA, IVÁN PAZOS, PABLO BORES Y EDUARDO TORRES